

bate contra la religión.» En 1688 publica aquella *Histoire des Variations des Eglises protestantes* (*Historia de las Variaciones de las Iglesias protestantes*), casi tan exacta como bella, en la cual comprendiendo que la idea capital que por todos lados se desmorona es la de autoridad, demuestra que la esencia y la razón de ser del catolicismo residen en su *unidad* inmutable, resultado de una regla aceptada constantemente. En 1690 dedícase á refutar expresamente la exégesis puramente filológica é histórica, á lo menos en lo que concierne á la historia cristiana primitiva, y á este efecto empieza una obra, en la que todavía se ocupaba catorce años después, la *Défense de la Tradition et des Saints Pères* (*Defensa de la Tradición y de los Santos Padres*), que es principalmente la defensa de San Agustín, «el único» doctor «necesario», según él, y el doctor suficiente, «el que suple á todos los demás.» Desde 1689 á 1692, á propósito de las respuestas dadas á su *Historia de las Variaciones*, y fijos los ojos en las obras de Jurieu, de Bayle y de sus cofrades, formulaba en los *Six Avertissements aux Protestants* (*Seis Advertencias á los Protestantes*) el balance del pensamiento protestante y profetizaba con precisión admirable que iría á parar fatalmente al libre pensamiento. En 1692 censura las curiosidades indiscretas de Elías du Pin sobre los primeros concilios; y en 1694 el imprudente alegato de un P. Caftaro en favor del teatro le ofrece la ocasión, por él deseada, de indignarse contra el pernicioso abandono, por parte de los teólogos, de los principios de la moral severa. Entonces es cuando, habiendo descubierto la complicidad de Fenelón con el misticismo de la señora de Guyón, lanza uno tras otro, desde 1695 á 1699, una treintena de escritos primero contra los dos aliados y después contra Fenelón solo. En 1699, encargado de reanudar con Leibniz, mandatario del Elector de Hanóver, las negociaciones para reunir á los luteranos con la Iglesia romana, sostiene con más acritud que nunca la imposibilidad en que se halla el catolicismo de prestarse á transacción alguna sobre ningún punto de doctrina. En 1700, con motivo de la asamblea del clero, se constituye francamente en campeón de la doctrina agustiniana de la Gracia y del Pecado y se atreve á denunciar hasta en los escritos de un cardenal romano, Sfondrata, la blandura dogmática y la culpable mansedumbre. En 1701, en la cuestión de los Ritos chinos (1), declárase contrario á la tolerancia de los jesuitas y combate, de paso, á aquellos cartesianos que pretenden explicar racionalmente todos los misterios, incluso la Eucaristía, y á los eruditos bastante insensatos para afirmar una supuesta identidad de la sabiduría filosófica de los paganos y la sabiduría cristiana. En 1700-1701 proclama de nuevo, en sus *Instrucciones pastorales sobre las promesas de Jesús-Christ á su Iglesia* (*Instrucciones pastorales sobre las promesas de Jesucristo á su Iglesia*), el principio de la perpetuidad invariable que ve abandonado en todas partes, hasta en el catolicismo. Desde 1700 á 1704, envejecido, enfermo, denuncia el *Nuevo Testamento* de Simón y trabaja, casi hasta el momento mismo de su muerte, en la *Politique tirée de l'Écriture sainte* (*Política sacada de la Sagrada Escritura*), en un *Traité de l'autorité des Jugements ecclésiastiques* (*Tratado de la*

(1) Véanse págs. 500 y 527.

autoridad de los Juicios eclesiásticos), y dedica los últimos restos de su dialéctica á fortalecer las dos autoridades, civil y espiritual, cuyo absolutismo, cada uno dentro de su esfera, debe ser urgentemente salvado contra todas las «relajaciones,» todas las «independencias,» todos los caprichos criminales del *sentido propio*. Porque detrás de los filósofos y de los eruditos cristianos, lo mismo que detrás del hereje y del cismático, ve alzarse al incrédulo.

Pero en esta resistencia Bossuet está casi solo y no logra ya hacer prohibir, ni siquiera corregir, las obras que denuncia. Sus angustias, sus indignaciones no hallan eco en ninguna parte; un ministro, Pontchartrain, á pesar de ser amigo suyo, quiere impedirle que alce libremente contra los errores su voz de «viejo obispo,» «centinela de Israel;» y entre sus mismos amigos, sólo encuentra apatía, inerte en uno, en otros burlona. Sus adversarios de la nueva generación arremeten sin empacho contra él, echándole en cara sus anticuadas tiranías ó las insuficiencias notorias de su ciencia y de su filosofía, ó descuentan tranquilamente su próxima desaparición. Muere Bossuet y los derrumbamientos por él predichos en el orden religioso no se hacen esperar. Uno de aquellos imprevisores, á quienes él de buena gana habría tratado severamente, el P. André, escribe en 16 de diciembre de 1717:

«¡No sé en dónde estoy! Oigo decir que el hombre puede salvarse sin la fe en Jesucristo y que sólo un Dios remunerador de la virtud es absolutamente necesario para la salvación. Cuando veo formular tales dudas, paréceme que la religión toca á su término.»

CAPÍTULO II

FIN DEL «GRAN GUSTO»

I. La literatura. — II. Las bellas artes

I. — La literatura (2)

La literatura no es estéril, ni mucho menos durante el período que media entre la retirada de Racine del teatro (1677) y la muerte de Fenelón (1715). Las «gacetas» literarias se multiplican para satisfacer con sus informaciones ó con sus «extractos» una curiosidad que

(2) Respecto de la historia literaria de esta época en general: FUENTES: La Bruyere, *Caractères*, en los capítulos *des Ouvrages de l'Esprit, de Quelques Usages, de la Chaire*. Fenelón, *Lettres à l'Académie française*, ed. Cahen, Perrault y Fontenelle, obras citadas en el texto. Las *Correspondances* de Boileau y Brossette, de Bayle, de J. B. Rousseau y Luis Racine, de Mateo Marais, del P. Nicasio, etc. Las *Mémoires de Trévoux*, el *Mercurie galant*, el *Journal des Savants*.

OBRAS DE CONSULTA: Además de las obras de Villemain, de Alejandro Vinet, de Hettner sobre la literatura del siglo XVIII, los artículos de Sainte-Beuve, particularmente numerosos para este período (véanse C. Pierrot, *Table générale des Lundis, Portraits de femmes et portraits littéraires*, págs. 51-53; Victor Giraud, *Table alphabétique et analytique des Premiers Lundis, Nouveaux Lundis et Portraits contemporains*). F. Beaunetiere, *Manuel* «sexta época, 1687-1722.» Emilio Faguet, *XVII^e siècle*, París, 1885; *XVIII^e siècle*, P., 1890; Desnoiresterres, *Les Cours galantes*, P., 4 vol., 1860-1864. Fernando Brunot, *Histoire de la Langue française* (en curso de publicación). Hatin, *Bibliographie de la presse périodique*, París, 1866. En la serie «Les Grands Ecrivains français»

de día en día aumenta. Mas como sucede siempre después de las épocas muy brillantes en que han abundado las inteligencias creadoras, los escritores, por más que se agitan en busca de lo mejor, no pueden substraerse á la dominación de los maestros de la vispera.

La forma no se rejuvenece; la prosa, no obstante el esfuerzo de La Bruyere para hacer más penetrante el pensamiento, sea por el vocablo raro, sea por el giro picante, no consigue desprenderse de la pesada majestad del siglo XVII. Todos los escritores, Fontenelle y Le Sage inclusive, tienen un estilo en el que sus ideas, siempre irrespetuosas, parecen á veces más irónicas de lo que en realidad quieren ser.

También en el idioma subsiste el purismo. Como Vaugelas, como el P. Bouhours, la Academia francesa, que ha llegado á ser el oráculo oficial en materia de lengua, entiende que el estilo escrito debe «rechazar» toda expresión que no sea, no sólo del todo decente, sino, además, elevada y «noble;» todos los neologismos que pudieran producirse en lo porvenir sin el asentimiento de las personas de buen tono; todas las palabras anticuadas que son «como si nunca hubiesen sido;» todos los términos técnicos que el vulgo no entiende ó que «las gentes de bien,» bien nacidas ó bien educadas, están expuestas á no entender. El *Diccionario*, cuya primera edición publica la Academia en 1694, consagra esas exclusiones desdeñosas y la inmensa mayoría de los escritores las aceptan; y aunque La Bruyere, también en este punto, expresa con insistencia su añoranza de las riquezas coloridas del siglo XVI, y Furetiere, Bayle, la Motte, Fenelón, Fontenelle y el P. de Saint-Pierre, reclaman para ideas y hechos nuevos nuevas palabras, los gramáticos conservadores, opinando que el idioma está «fijado» tal como había querido Richelieu, no trabajan en otra cosa que en velar por el vocablo y en erizar la sintaxis.

Del mismo modo que Vaugelas y Balzac en la prosa, sigue reinando Malherbe en el verso, y la poesía permanece estancada en la nobleza decente ó en la gracia elegante con Chaulieu, La Fare, La Faye y la señora Deshoulières. J. B. Rousseau observa concienzudamente en la oda las reglas del desorden premeditado y del escenario mitológico. Y cuando la filosofía de Descartes deja sentir su influencia en la poesía es «para degollarla,» como decía, desolado, Boileau; bien se ve esto en Antonio Houdar de la Motte, poeta filósofo, quien no descubre otro medio de salvar la poesía que substituir en ella primeramente la prosa al verso y luego el razonamiento á la imaginación, la ciencia al sentimiento, dedicándose con celo terrible á esa poesía predicante y didáctica que se cultivará en el siglo XVIII hasta la aparición de Andrés Chenier (1).

(París, Hachette), se han publicado monografías sobre FONTENELLE, por Laborde Milán; LE SAGE, por Lintilhac, LA BRUYERE, por Morillot; FENELÓN, por Pablou Janet. Véase en las páginas siguientes para cada género literario.

(1) FUENTES: Las principales obras están en: Crepet, *Les Poètes français*. Houdar de la Motte, *Œuvres*, París, 1754, 11 vol. en 12.° J. B. Rousseau, *Œuvres lyriques*, ed. Eugenio Manuel, P., 1898.

OBRAS DE CONSULTA: F. Brunetiere, *L'Évolution de la poésie lyrique*, 1.ª lección, P., 1905. P. Dupont, *Houdar de la Motte*, P., 1898. H. Potez, *L'Épique en France avant le Romantisme*, P., 1876.

En el teatro (2), la tragedia vive de su pasado: intriga y caracteres, palabras y gestos se mantienen servilmente conformes con las «recetas» del P. de Aubignac y con las tragedias-tipos de Racine. En 1708 el rudo Crebillón, que explota el «terror» y cultiva el género horrible, crea una Electra enamorada.

La comedia, que vuelve á ser más alegre y hasta bufona con Regnard (*Locuras amorosas*, 1704, y *El legatario universal*, 1708), recobra más originalidad con Dancourt. Este actor-autor, en pequeñas piezas sin pretensiones, se dedica únicamente á la actualidad de la vida parisiense; pero pone en esos croquis algo más que ingenio travieso, pues anota en ellos, exactamente observados, el detalle documental, el rasgo revelador de las transformaciones íntimas de la sociedad contemporánea, la mezcla, por ambas partes interesada, de la aristocracia con la pequeña clase media. Lo mismo hace, aunque de una manera más completa, Le Sage: su *Turcaret*, caricaturesco, es sólido porque es realmente el advenedizo de aquella época, «el hombre de nada» á quien ha bastado ser «muy entendido en números» para llegar hasta uno de esos empleos de la hacienda pública que si no poseen todavía la virtud de «desbatar» á quienes los ocupan, hacen de ellos grandes é indispensables personajes. Y los criados de Le Sage (Frontín y Crispín), «hartos de ser criados» y mucho más ambiciosos y altivos que el Scapín de Molière, también representan á los que se elevan desde las más humildes posiciones. La oposición que á *Turcaret* hicieron los asentistas, como la que habían hecho en otro tiempo á *Tartuffe* los «devotos,» demostró el alcance social que la obra tenía.

La fecundidad que había tenido la novela (3) en el siglo XVII aumenta todavía. La avidez de los lectores es grande y sus proveedores, mujeres en su mayor parte, imitan menos, y con su cuenta y razón, á la señora de

(2) FUENTES: T. Corneille, *Œuvres*; P., 1722, 5 vol. Crebillón, *Œuvres*, 1756. E. Boursault, *Théâtre*, P., 1694, 3 vol. J. F. Regnard, *Théâtre*, P., 1731, 5 vol. Dancourt, *Théâtre*, P., 1711, Dufresny, *Œuvres*, P., 1790. Le Sage, *Œuvres complètes*, P., 1821, 12 vol.

OBRAS DE CONSULTA: Petit de Juleville, *Le Théâtre en France*, P. s. f. F. Brunetiere, *Les Époques du Théâtre français*, P., 1901. *Histoire et Littérature*, t. II; *Études critiques*, 3.ª serie (*Le Sage*), y 7.ª serie, pág. 191 y sig. (*L'Évolution de la Tragédie*). M. Du trait, *La Vie et le Théâtre de Crébillon*, P., 1896. G. Reynier; *Th. Corneille*, P., 1893. G. Lansón, *Nivelle de la Chaussée et la comédie larmoyante*, pág. 80-105. J. J. Weiss, artículo sobre Regnard en los *Essais sur l'histoire de la Littérature française*, P., 1865, y P. Toldo en la «Rev. d'his. litt. de la France,» 1903 y 1905. J. Lemaitre, *La Comédie après Molière et le théâtre de Dancourt*, P., 1882. Lintilhac, *Le Sage*, P., 1893. Barberet, *Le Sage et le théâtre de la foire*, Nancy, 1887. Mauricio Albert, *La Comédie italienne*, P., 1890.

(3) FUENTES: *La Princesse de Clèves* data de 1678. Véase de Haussonville, *Mme. de La Fayette*, París, 1891. Hamilton, *Mémoires du comte de Grammont*, 1713. Sandraz de Courtiz, *Mémoires de M. d'Artagnan, 1701-1702*, 3 vol., reimpr., París, 1896. Señora de Aulnoy, *Histoires d'Hippolyte, comte de Douglas*, París, 1690, y de Jean de Bourbon, *prince de Carency*, La Haya, 1692. Señora de Gómez, *Histoire secrète de la conquête de Grenade*, 1723, etc. Le Sage, *Œuvres*, ed. citada.

OBRAS DE CONSULTA: Sainte-Beuve; Pablo Morillot, *Le Roman en France, depuis 1610*, P., s. f. Andrés Le Bretón, *Le Roman au XVII^e siècle*, P., 1890, *au XVIII^e siècle*, P., 1898. León Claretie, *Le Sage romancier*, P., 1890. F. Brunetiere, *Études Critiques*, 3.ª y 4.ª series, 1907; *Histoire et Littérature*, t. II, 1898.

La Fayette y su delicada y dramática obra maestra de psicología mundana, que a La Calprenede y a la señorita de Scudery, sólo que no tienen tantos alientos y sus relatos histórico-novelescos se empequeñecen hasta encerrarse en las proporciones de la *novela corta*.

Pero la idea filosófica comienza a deslizarse en ese género literario y Fenelón se atreve a introducirla en aquel *Telmaco* tan interesante, escrito para el público tanto como para el Delfín, y en el que Calipso, Eucaris, Venus, Astarbé y Antiope sirvieron de pasaporte a las teorías del prelado reformador sobre el gobierno y la economía política y a sus críticas de patriota cristiano contra la guerra, el lujo y el orgullo tiránico de la monarquía absoluta. Este obispo innovador crea ó rescuita una nueva variedad de novela que el siglo XVIII iba a explotar inmediatamente con Ramsay y Terrassón, mientras esperaba la aparición de Voltaire.

También en la novela la obra mejor pertenece a Le Sage: este oscuro literato conservaba en París la preciosa facultad provincial de asombro y de observación ingenua. El *Gil Blas* que nos presenta al través de mil aventuras novelescas ó realistas, es bajo un exterior español, el mismo héroe que los de *Turcaret*; es el plebeyo rudo, astuto ó insolente que se lanza, con muchos apetitos y muy pocos escrúpulos, al asalto de todas las buenas posiciones.

Sin embargo, en estos diversos géneros de literatura se percibe la indecisión de un arte que por un lado no se preocupa solamente de la belleza y por otro se ve embarazado por la estética demasiado noble del siglo de reposada perfección que acaba de transcurrir. En cambio, aquellos géneros en los cuales lo esencial es el fondo, como la elocuencia y la moral, están más en su centro, son más interesantes.

La elocuencia, la elocuencia del púlpito (1), pues la del foro continúa vegetando, se hizo cargo muy pronto, desde la segunda mitad del siglo XVIII, de las transformaciones a que la obligaban a la vez su misión y su éxito. Bossuet predicaba todavía y Bourdaloue estaba aún en el apogeo de su gloria, cuando ya (1680-1693) se procuraba hacer obra distinta y mejor que la suya. Bourdaloue no hizo más que realizar el ideal de la señora de Sevigné, de Saint Evremond y de Nicole, con

(1) FUENTES: Bourdaloue, *Œuvres*, 1707-1737, 16 vol (ed. del P. Bretonnean). *Sermons inédits de Bourdaloue*, tomados de colecciones contemporáneas, pub. por E. Griséle, París, 1901-1902. Massillon, *Œuvres*, P., 1745-1748, 15 vol. Prefacio de la traducción de los *Sermons de Saint-Augustin*, por Goibaud du Bois, 1694. La Bruyere, cap. de la *Chaire*. Fenelón, *Lettre à l'Académie* (IV: Proyecto de Retórica) y *Dialogues sur l'Eloquence*, pub. en 1718.

OBRAS DE CONSULTA: El P. Hurel, *Les orateurs sacrés à la cour de Louis XIV*, P., 1872, 2 vol. Respecto de los últimos tiempos de la predicación de Bossuet, Lebarq, obra citada, y E. Griséle, *De munere pastorali... tempore pressertim meldensis episcopatus*, 1901. Respecto de Bourdaloue, A. Feugere, *Bourdaloue, sa prédication et son temps*, P., 1881. El P. Lauras, *Bourdaloue, sa vie et ses œuvres*, P., 1881. De Menorval, *La Vie d'un Jésuite*, P., 1897. Castets, *La Vie et la prédication d'un religieux au XVII^e siècle*, P., 1901-1904, 2 vol. El P. Cherot, *Bourdaloue, inconnu*, P., 1898, y sobre todo E. Griséle, *Bourdaloue, Histoire critique de sa prédication*, t. I y II (1901), y en «La Quinzaine», art. de abril y mayo de 1902. Respecto de Massillon, Blampignon, *Massillon*, P., 1879; *L'épiscopat de Massillon*, P., 1884. Brunetiere, *Nouvelles études critiques*, 1882. P. Pauthe, *Massillon, sa prédication*, 1907.

aquella dialéctica abrumadora que no permitía a sus oyentes respirar «hasta que a él le daba la gana de concluir,» con aquella «precisión» de razonamientos y sobre todo con aquella «anatomía del corazón humano» que satisfacía deliciosamente la inteligencia deductiva y el placer de «penetración» de los que le escuchaban. Pero en la generación siguiente el gusto varió y Fenelón, animado de un perpetuo y universal deseo de hacer andar a la Iglesia al mismo paso que la sociedad, preocupóse de adaptar la predicación a las nuevas necesidades. En sus *Dialogues sur l'Eloquence* (*Diálogos sobre la Elocuencia*) protestó contra las «divisiones» cuyas barreras geométricas obligaban a la idea y a la emoción a correr por un cauce estrecho, y recomendó que el orador cristiano fuese «afectuoso,» «sensible,» límpido y popular, a cual fin no debía haber, si preciso fuese, más que discursos improvisados, más que «homilias.» A esto mismo tienden las críticas y las aspiraciones de La Bruyere en su capítulo sobre el *Púlpito*: ¿cuándo vendrá ese hombre apostólico «que, en un estilo nutrido con las Sagradas Escrituras, explique al pueblo la palabra divina de una manera llana, familiar, sencilla, vigorosa, cristiana?»

Esas nuevas tendencias son causa de que, a fines del reinado de Luis XIV, surjan en el púlpito celebridades inesperadas, en aquella época en que reina todavía la pompa, como las del P. Serafín ó del P. Honorato de Cannes que en 1692 entusiasman predicando como misioneros «a estilo capuchino.» A ellas débense también los triunfos del P. Maure y del P. Massillon (1699-1700); y no porque rindan culto a la sencillez pedida, pero siquiera ofrecen a los adversarios de la «gran elocuencia» la unción, lo patético. Y otro tanto sucede con el fondo. Los cristianos perspicaces exigían una «sólida explicación del cristianismo, desde los primeros elementos hasta los más altos misterios;» y aunque Massillon no satisface esa exigencia, por lo menos contenta a los filósofos con una complacencia visible en tratar las cuestiones útiles, las cuestiones sociales, al mismo tiempo que tiende a resolverlas con un espíritu evangélico que se ajusta a las aspiraciones liberales de aquéllos:

«No es el soberano, Señor, sino la ley la que ha de imperar sobre los pueblos; vos no sois más que el primer ministro. Los pueblos son los que, por orden de Dios, han hecho a los soberanos todo lo que son...»

«Todos los bienes pertenecían originariamente a todos los hombres; la sencilla naturaleza no conocía ni la propiedad ni el reparto. Los miserables no tienen menos derechos que los demás hombres a los bienes y a los placeres de la tierra.»

El mismo espíritu hace que la literatura moralista (2)

(2) FUENTES: La edición de La Bruyere de G. Servois en la *Collection des Grands Ecrivains*, París, 1865-1881, y la ed. clásica, P., 1906. Brillón, *Ouvrage dans le goût des Caractères de Théophraste et des Pensées de Pascal*, P., 1698; *Le Théophraste moderne ou Nouveaux Caractères des mœurs*, París, 1700. Señora de Lambert, *Avis d'une mère à son fils et à sa fille*, P., 1727, y ed. de Lescure, 1883.

OBRAS DE CONSULTA: Respecto de La Bruyere, Sainte-Beuve (en los *Portraits litt.*, en los *Lundis* y en los *Nouveaux Lundis*, 1836-1866). Vinet, *Moralistes des XVI^e et XVII^e siècles*, 1859. E. Allaire, *La Bruyere dans la maison de Condé*, 1887, 2 vol. M. Pellissón, *La Bruyere*, 1892. Pablo Morillot, *La Bruyere*,

sea distinta de lo que era cuarenta años antes. En tiempo de «los preciosos (1)» era el entretenimiento de una selección refinada a la cual ofrecía un retrato de ella misma picante, pero agradable, ó cuya experiencia sentimental y política formulaba en máximas desdeñosas. Aquella literatura convirtiéndose, con La Bruyere y sus imitadores, en la honrada labor de filósofos cristianos, ganosos de realizar una obra útil y de promover en sus lectores un movimiento de conciencia y, si era preciso, hasta un movimiento de rebeldía.

Los *Caracteres* no son solamente un libro de descripción y de confidencias en el cual se expresan los diversos sentimientos que se encuentran y a veces se combaten en el espíritu de un hombre «nacido cristiano y francés» y testigo de la decadencia de un reinado; son, además, un libro de acción y un libro que se adelanta a su época. Escritos desde 1685 a 1694 por un «doméstico» de la casa de Condé y por un hombre que pudo haber conocido al cardenal de Retz, tienen a veces algo de las *Lettres persanes* (*Cartas persas*) ó de las *Maximes* (*Máximas*) de Chamfort y aun de las disertaciones de Mably. En ellos, sobre todos los asuntos andan mezcladas con ideas muy conservadoras ó retrógradas ideas del porvenir. La Bruyere es católico dócil, y aun severo, hasta el punto de aprobar explícitamente la persecución de los protestantes; pero esto no le impide desacreditar con insistencia aquella «devoción» en la que, según él, entran principalmente casi siempre el interés y la moda y que limpia de todos los crímenes. Monárquico ferviente, complácese en señalar minuciosamente los méritos del «Soberano» y de su gobierno; y sin embargo, hace la más ruda campaña contra los grandes, los magistrados, los asentistas, es decir, contra todos los sostenes del trono. En todas partes inculca la idea de que es una sociedad mal hecha la sociedad en donde «los bienes de fortuna,» ó sea del azar, tienen una importancia tan exclusiva; en donde nada significa «el mérito personal,» y en donde impera una tal desigualdad, «obra execrable» de los hombres, efecto odioso de «la ley de los más fuertes.» Y no se limita a juzgar con una frase seca las pretensiones de esos detentadores fortuitos de la grandeza («procedemos todos del hermano y de la hermana; esos hombres tan grandes... a pesar de despreciar al pueblo son pueblo también»), sino que además los ataca menos como observador que como enemigo, y con superabundancia de severidad y hasta de cólera, censura «su bajeza igual a la de las clases más abyectas,» su maleficencia feroz y su nulidad en el Estado y en sus propios negocios. En cambio, glorifica a esos campesinos que «labran, siembran y cosechan» y que corren el riesgo «de carecer de ese pan que nos proporcionan;» y saluda con acento enteramente nuevo a ese «pueblo» al cual «quiere pertenecer,» y no por humildad de cristiano sino por orgullo de filósofo, porque allí, en aquella masa despreciada, le parece que están «el corazón,» el alma, la inteligencia joven y la fuerza

P., 1904. Véase «Revue d'hist. litt. de la France,» 1904. E. Faguet, *XVII^e siècle*. Taine, *Nouveaux Essais de critique et d'histoire*, 1865. Respecto de la señora de Lambert, Sainte-Beuve, *Lundis*, t. IV. E. de Broglie, en el «Correspondant,» 1895. F. Brunetiere, Manuel, pág. 275.

(1) Véase pág. 47.

útil de la nación. Novísimo en el fondo, La Bruyere es innovador también en la composición, concretándose deliberadamente a formar una colección de hechos consumados, sin preocuparse de reducirlos a sistema y dejando ver bajo el estilo la nota tomada. Con él la literatura moralista hácese a la vez militante y documental.

Algunas de estas inquietudes de los pensadores y todas estas aspiraciones de los literatos manifiéstanse entonces en la contienda entre los Antiguos y los Modernos (2) que constituye el gran acontecimiento literario del final del reinado.

Esa contienda había nacido en 1670 de la pretensión formulada a la vez por los devotos y por ciertos poetas de segundo orden de que se expulsase de la literatura el paganismo y se substituyese lo maravilloso pagano con lo sobrenatural cristiano, pretensión que combatieron los principales autores de la época y en primer término Racine y Boileau. Carlos Perrault, en 1687, en su *Poème sur le siècle de Louis le Grand* (*Poema sobre el siglo de Luis el Grande*), leído a modo de manifiesto en plena Academia, y desde 1688 a 1696 en sus *Parallèles des Anciens et des Modernes* (*Paralelos entre los Antiguos y los Modernos*), llevó la tesis de los «Modernos» a un terreno en donde las personas de la alta sociedad, halagadas, la adoptaban de buen grado y en donde sus adversarios se veían perplejos para combatirla. Perrault sostenía contra quienquiera que el «siglo de Luis» igualaba y aun sobrepujaba a los siglos de Pericles y de Augusto.

Al mismo tiempo Fontenelle, en su *Discours sur la nature de l'Eglogue* (*Discurso sobre la índole de la Egloga*) y en la *Digression sur les anciens et les modernes* (*Digresión sobre los antiguos y los modernos*) (1688) aportaba a esa tesis de buen cortesano algunas razones y elevaba el debate. ¿Por qué resignarse a creer que la perfección ideal, alcanzada en otro tiempo por los romanos y los griegos, le está vedada en lo sucesivo a la humanidad y que, en todo caso, sólo es posible aspirar

(2) FUENTES: Las obras de C. Perrault y de Fontenelle citadas en el texto. Fr. Charpentier, *De l'excellence de la langue française*, París, 1683. Boileau, *Réflexions critiques sur Longin*, 1694. La Motte, *Discours sur Homère*, 1714. Señora Dacier, *Des causes de la corruption du goût*, 1714. Fenelón, *Lettre à l'Académie*, ed. Cahén, 1905. *Premières rédactions* de esta carta, pub. por el P. Urbano («Rev. d'hist. litt. de la France,» 1899).

OBRAS DE CONSULTA: H. Rigault, *Histoire de la querelle des Anciens et des Modernes*, P., 1859. D. Nisard, *Hist. de la Lit. fr.* F. Brunetiere, *L'Evolution de la Critique*, 4.^a y 5.^a lecciones; P., 1898. Los artículos sobre *Descartes et la littérature française, Jansenistes et Cartesians*, la *Critique de Bayle*, la *Formation de l'idée du progrès*, el *Caractère essentiel de la Littérature française*, el *Cosmopolitisme et la littérature nationale*, en las series III, IV, V y VI de los *Etudes critiques*. Aug. Bourgoïn, *Les maîtres de la critique au XVII^e siècle*, P., 1889. Respecto de Fenelón: R. Thamin, *Fenelon critique littéraire*, en la *Hist. de la Langue et de la Littérature française*, *Petit de Julléville*, t. V. Respecto de C. Perrault: E. Deschânel, *Boileau, Charles Perrault*, P., s. f. P. Bonnefont, artículos en la «Rev. d'hist. litt. de la France,» 1904, 1905, 1906. Respecto de Du Bos, véase Aug. Morel, *Etude sur l'abbé Du Bos*, 1850, Brunswick; *L'abbé Du Bos rénovateur de la critique au XVIII^e siècle*, 1904, y Lombard, en la «Rev. d'hist. litt. de la France,» 1908. Respecto de Houdar de la Motte: Pablo Dupont, *Un pète philosophe au commencement du XVIII^e siècle*, 1898. A. Rebellian, *Revue des Cours et Conférences*, 1893. Respecto de Fontenelle, véase anteriormente página 535.